

dad con paso mesurado, como si temiera dejar ver su emoción á los transeuntes. Cuando llegó á un sitio solitario se echó en el suelo y ocultó el rostro entre las hierbas, deseoso de refrescar su ardorosa frente. Aunque el anciano nada le había dicho, sabía bien que se trataba de un testamento y una herencia, y la idea de dejar el claustro y correr mundo le alborozaba. Por un esfuerzo de su razón procuró coordinar sus sentimientos, y entonces el recuerdo de la confesión del comendador fué un freno para su alegría. "Sorprenderé al Infierno, y hasta al mismo Cielo, con la grandeza de mi caída", había dicho el anciano; y el niño, en la efusión de su alma, añadió: "No es preciso que caiga: yo le salvaré. ¡Yo sí que asombraré al mundo con la grandeza de mi reconocimiento!"

Después Juan permaneció inmóvil por espacio de media hora, con el entrecejo fruncido, los puños apretados, los ojos fijos y al fin exclamó:

—¡Sí; yo salvaré á mi bienhechor!

IV

En la calle de Trouille habitaba un barbero que, siguiendo la costumbre de los peluqueros y bañeros de París, dejaba beber y jugar en su casa. Allí se reunían los jóvenes, los marinos, los comerciantes y vecinos de Arlés para hablar de negocios, placeres y galanteos. De noche solía oírse el rumor de querellas, de tal modo, que los arqueros tenían que visitar con

frecuencia aquella tienda. Juanito, sentado sobre un mojón enfrente de tan honrado establecimiento, veía entrar y salir gente, y al cabo de cierto tiempo vió llegar al capitán del bergantín, con su blanco turbante y su grueso pistolón de mecha. Cuando el turco se detuvo en la puerta del barbero, Juan se colocó delante de él.

—Señor extranjero—le dijo,—¿sois el que vinisteis de Oriente esta mañana para un asunto importante relacionado con el señor comendador de Beaujeu?

—Sí—contestó el turco;—*pero mi deber decirte á ti nada importar.*

—Os equivocáis, señor—dijo el niño:—me importa mucho, y quiero hablaros de ello.

—*Posible; mas mi no voler ni no poder: mi no haber tempo.*

—Pues es preciso que busquéis tiempo para oírme—dijo Juan con seriedad,—porque tengo que comunicaros una cosa muy importante.

—*¡Hazme el favor de andarte al Diablo!*—exclamó el turco.

—En eso estoy, y sé perfectamente quién sois. No os dejaré hasta que me escuchéis.

—En ese caso, entra conmigo en esa tienda, y hablaremos dentro de un momento—dijo el viejo musulmán.

En la tienda del barbero había poca gente; en un ángulo estaban cuatro jugadores que, al ver á los que entraban, siguieron tranquilamente, sin preocuparse de ellos. El barbero no se molestó tampoco por los recién llegados, y á nadie preocupó la llegada de un miserable turco acompañado de un niño.

El capitán del bergantín mandó al niño que se sentara ante un velador, y, sentándose él á su vez, pidió

que sirvieran vino á todos los presentes. Cuando todos los vasos estuvieron llenos dispuso que los pasaran en ronda, y él mismo, levantándose, apuró de un trago el suyo, al mismo tiempo que decía:

—¡A la salud de vuestras señorías!

Los cuatro jugadores, sorprendidos, dejaron su juego, y se acercaron al turco prodigándole toda clase de títulos y cortesías, entre los cuales dominaba el de excelencia. El barberó se acercó también, sentándose al lado del capitán, mientras éste bebía sin cesar, convidando invariablemente á sus compañeros de tienda.

Los bebedores observaban al turco, esperando hallar en su rostro las señales de embriaguez que iba presentándose en los suyos. Al fin, uno de los jugadores que conservaba un poco más de razón que los demás propuso una partida, y el capitán, sacando su bolsa llena de monedas de oro, puso una *genovesa* sobre el velador. Los cuatro hidalgos experimentaron una emoción tan intensa, que su embriaguez se disipó á medias. Entre todos reunieron una cantidad equivalente al valor de la *genovesa*, y jugaron contra el turco. Este ganó la primera partida, y la segunda, y la tercera, y los cuatro aventureros, llenos de estupor, vieron cómo se guardaba el dinero, sin dar crédito á sus ojos. El capitán no podía menos de ofrecerles el desquite; pero la dificultad consistía en volver á reunir otros treinta y dos escudos.

A fuerza de registrar los bolsillos lograron reunir la cuarta parte de esa suma. El más viejo de los jugadores arrancó la hebilla de su sombrero, jurando por el alma de su abuelo que aquella joya valía doscientas libras, aunque todos, incluso el niño de coro, pudieron ver que las supuestas esmeraldas eran

simplemente trozos de vidrio. El generoso turco lo aceptó como bueno, y pronto pasó todo á su bolsillo. Sus contrincantes se tiraban de los bigotes, y siguieron jugando las sortijas, los puños de las espadas y hasta las espadas mismas, fijando á todo ello valores imaginarios que el turco tomaba como buenos, y perdiendo cuanto jugaban: no ganaron una sola partida. El capitán liaba en un pañuelo sus ganancias, cuando sintió que una mano se deslizaba por sus calzones y se metía en su bolsillo: cogiendo aquella mano, la levantó en el aire, diciendo:

—¡Vos ser cobarde; mi saper que vos haber hecho trampa!

—¡Trampa!—exclamó uno de los hidalgos.—¡Se nos despoja con rapacería, y aún se nos acusa de hacer trampas! ¡Voto al Diablo: esto clama venganza!

Una nube de injurias y golpes cayó sobre el pobre viejo. Los cuatro aventureros se arrojaron sobre él, tratando de registrarle; pero fué inútil: la bolsa de *genovesas* no estaba allí, y el viejo, al defenderse, estiró un pie, y dejó caer un banquillo que sostenía una gran caldera de colada. Un lago de agua hirviendo cayó á los pies de los ladrones, que lanzaron gritos espantosos. Subieronse todos, incluso el barberó, sobre los taburetes donde poco antes estaban sentados, llenos de asombro al ver que el agua iba elevándose gradualmente hasta cubrir por completo las patas de los taburetes.

Las piernas del turco debían de ser de una materia especial, insensible al calor y á la humedad, porque, echándose el niño á la espalda, salió de la tienda sin mojarse siquiera.

Apenas desapareció el turco, el agua volvió á entrar en su lecho; prodigio operado de tan extraño

modo, que nadie pudo darse cuenta de su proceso. Todo quedó intacto excepto las piernas de los aventureros, que sufrieron grandes quemaduras. El barbero y los cuatro truhanes celebraron consejo para dilucidar si debían denunciar á las autoridades á aquel anciano octogenario, incombustible é impermeable. Teniendo en cuenta, sin embargo, ciertos detalles, el barbero manifestó que era mejor no meterse en asuntos de justicia, y quedó acordado que tomarían represalias en la primera ocasión propicia.

Entretanto, el capitán del bergantín turco, llevando al niño sobre los hombros, corría con increíble agilidad, dada su edad, en tanto que el niño, sorprendido de cuanto veía, procuraba sujetarse todo lo mejor posible sobre su improvisada montura. Al fin, llegaron á las ruinas del circo romano; y una vez en el anfiteatro, ambos se sentaron en una de las gradas, como en otro tiempo hacían los espectadores.

—Vamos á ver lo que deseas de mí, joven—dijo el turco en tono áspero.—Habla, y sé breve.

—Quiero salvar al comendador Quiquerán de Beaujeu—repuso el niño.

—El comendador va tocando el fin de su carrera—dijo el turco.—Morirá dentro de tres días, porque la vejez es una enfermedad incurable y mortal.

—No quiero salvar su vida, sino su alma. Decídmelo en qué condiciones debo exponer la mía para rescatar la suya.

—¿Has creído que voy á contentarme con un gusanillo como tú, en vez de un león?

—Por muy gusano que sea, no podré rechazarle.

—¡Qué maravilla!—exclamó el turco.—¡Este héroe generoso, que quería morir como el mariscal de Fabert, demasiado altivo para salvarse arruinando

á un prójimo, nos ofrece ahora un pobre niño sin experiencia! ¿Sabes bien lo que vas á hacer, desgraciado?

—Lo sé todo. El comendador no me envía; ignora mi sacrificio: vengo por mi propia voluntad. Quienquiera que seáis, aceptad mi alma á cambio de la suya. Lo deseo así. ¿Lo oís bien? Decídmelo, pues, en qué condiciones puedo rescatar el alma de ese noble caballero.

—Ven conmigo, y te lo diré.

El turco tomó al niño en brazos, y le llevó á la cúspide de una de las grandes torres cuadradas construídas por los sarracenos en la época en que Arlés estaba en su poder.

—Amigo mío—dijo el turco,—mira hacia abajo, y sigue el curso del Ródano hasta llegar al pantano del delta de la Camarga. Allí está mi bote: mañana irás á él solo completamente. Haré zozobrar el bote, y morirás renegando del que está en lo alto.

—No esperéis intimidarme ni engañarme—repuso el niño.—Sé que para rescatar un alma vendida no es preciso morir; quiero entregaros mi alma; no mi vida. Vuelvo á suplicaros que me digáis vuestras condiciones.

—Voy á hablarte con sinceridad. He querido asustarte, á fin de disuadirte de una resolución que contraría mis esperanzas. Si el alma del comendador se me escapa, habré perdido el fruto de muchos esfuerzos. Sin embargo, tú podrás prestame algunos servicios; y como no puedo, en realidad, rechazar tu sacrificio, consiento en tratar contigo sobre el rescate de Antonio Quiquerán. Debo decirte, sin embargo, que cuando tenemos facultad para tentar á un personaje que por sus virtudes, su fe ó su importancia, parece

difficil de conquistar, el que se encarga de ello obtiene los aplausos del Infierno; en cambio, si esa alma se escapa, se nos recibe con burlas y pullas. Si te conviene sacrificar te por el ilustre general de la Orden de Malta, estoy obligado á aceptar la sustitución; pero no creas que te daré treinta años de fortuna y felicidad incomparables. Mañana determinaremos las condiciones del trato; y como debo ponerme á cubierto de todo reproche, tomaré consejo de otro espíritu del mismo orden que yo. Mañana iremos juntos al pantano de la Camarga, y allí hallaremos un hermoso genio femenino de figura hermosa y agradable. Hydora reside, como yo, en los dominios del agua. Teniendo este elemento en nuestro poder, disponemos de él á nuestro antojo. Mi nombre es Potamogelton (1), y puedo hacer en ríos, mares y cuanto se relaciona con el agua, todo lo que crea conveniente. Hydora, por su sexo, suele ser favorable para los jóvenes, y espero que te acogerá con bondad: si ella consiente en participar conmigo de las responsabilidades del pacto, trataremos del rescate de Quiquerán en los términos más favorables para todos.

Mientras el genio de los ríos daba al niño de coro una cita tan preciosa para él, el Sol se puso, y los vapores que salían del pantano á consecuencia del calor del día, descendieron como un velo de gasa sobre el delta del Ródano. En las iglesias resonaba el *Angelus* y la húmeda brisa, unida á la melancolía de la hora y el paisaje, producía una sensación de doloroso temor.

—Es muy peligroso navegar en la Camarga—dijo el niño.

(1) Habitante de los ríos.

—Libre eres de no acudir á la cita—contestó el genio.—Entrégate ahora mismo sin condiciones en rescate del comendador; dame tu alma ahora mismo sin esperanza de rescatarla jamás, sin poner precio á tu abnegación, y acepto.

Juanito fijó sus ojos de lince sobre el anciano turco de un modo tal como si la desconfianza luchara con el candor, y después exclamó:

—Mañana iré á la Camarga.

—A mediodía—añadió el genio—te esperaré en la estacada del puerto.

Las últimas notas del *Angelus* se perdían en los aires; la niebla del valle ocultaba á las miradas el curso del Ródano. Juan temblaba de frío más que de temor, y sentía que un entorpecimiento se apoderaba de sus miembros.

—¿Como entraré en el convento?—preguntó.—Oigo que el guardián del anfiteatro cierra las puertas.

—No te apures; grillos y cerrojos son inútiles para mí: vuelve al convento, y, por tu vida, guarda el secreto de esta entrevista.

Al hablar así, el viejo capitán tomó al niño de la mano, y alzándole en alto, le arrojó al espacio lanzando una carcajada. Juan experimentó una sacudida violenta, y abrió los ojos espantado: entonces se vió tendido en el campo en el mismo sitio donde se había detenido al salir del castillo de Beaujeu.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Habrás sido un sueño solamente?

Y corrió al convento de franciscanos, donde llegó á tiempo para entrar con los monjes en la capilla y cantar en los oficios.

.....

.....



Le arrojó al espacio lanzando una carcajada.

Al día siguiente, á la primera campanada del mediodía, Juan se hallaba ya en la puerta de la estacada mirando con indiferencia el bote del bergantín, que se balanceaba dulcemente á impulsos del mistral.

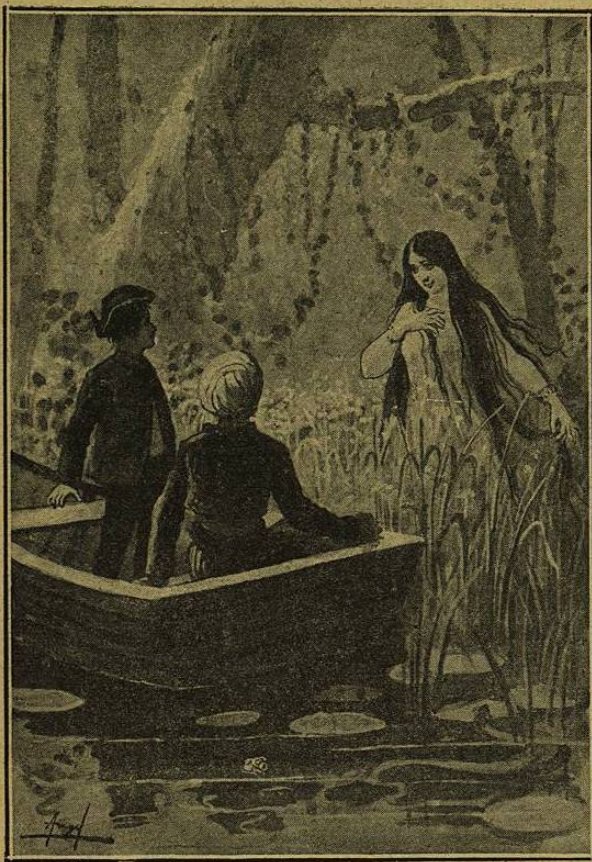
—¿Cómo podré saber si mi conversación de ayer con ese señor turco fué sueño ó no?—pensaba el niño.—El respetable capitán quizás me tome por loco si le hablo de nuestro proyectado viaje á la Camarga. No veo nada en él que indique su condición de genio de las aguas; no veo trazas de que ayer me hallara un momento suspendido en el espacio. Vuelve sus ojos á mí; parece reconocerme: no puedo haber soñado que la hirviente lejía, obedeciéndole, humedecía y quemaba las piernas de los hidalgos. Tal vez mi sueño sea un maleficio producido por el mismo Demonio. El viejo socarrón parece que me espera. ¡Pues bien; allá voy derecho á él!

Juan descendió resueltamente hasta la orilla del río, y saltó al bote.

—¿Por qué hacéis como que no me conocéis?—dijo al turco.—¿No me esperabais para viajar por la Camarga? No ignoro que tenéis poder sobre el agua; pero parece que dudáis de mi valor y voluntad. ¡Partamos, Potamogeiton: es hora!

El turco, sin responder una palabra, soltó la amarra, y la barquilla, libre ya, se deslizó por la corriente, desapareciendo en un instante de aquel sitio. El capitán gobernaba el timón, y Juan, algo inquieto con semejante aventura, miraba á su compañero de viaje con la desconfianza propia del que está en terreno enemigo, comprendiendo que aquel rostro sólo expresaba la impasibilidad familiar de los romanos.

Después de un viaje de una hora, el bote llegó á una profunda ensenada salpicada de incultos islotes.



Y en seguida apareció una mujer de hermosura maravillosa.

Navegaban por aguas estancadas. Juan quiso tomar los remos; pero el turco le ordenó con una mirada que volviera á sentarse, y, con gran sorpresa, el niño pudo ver que el bote proseguía su curso á través del vasto pantano de la Camarga como si le condujera una fuerza desconocida. Las aves acuáticas se retiraban al paso del bote, que sólo se detuvo al llegar ante un enorme montón de viñedos silvestres, de plantas trepadoras y lianas que formaban una especie de pintoresco trofeo. El turco metió la mano en una vasija y sacó un puñado de sal, que dejó caer en el agua pronunciando unas palabras raras y guturales, que, sin duda, pertenecían á un dialecto oriental. El niño de coro pudo oír que repetía frecuentemente los nombres de Hydora y Potamogeiton. Al sonido de tales palabras, los anfibios fueron saliendo de sus guaridas y se extendieron por el silvestre ramaje de tal modo, que todo él pareció hervir y moverse á un tiempo. Una hirviente espuma agitó la superficie del pantano, y un segundo después apareció entre ella una mujer de incomparable belleza, ocultando medio cuerpo en el agua á modo de sirena. Fijando sus ojos en Juanito con sin igual dulzura, habló el viejo Potamogeiton en lenguaje desconocido, y los nombres de Juan y Quiquerán llegaron algunas veces á oídos del niño.

Una Magdalena del Ticiano que el superior de los franciscanos tenía en su celda y que Juanito admiraba en secreto con piadoso éxtasis, parecía ser un justo retrato de Hydora: tan seductora visión templó el miedo que la anterior escena produjera en el valeroso niño. Después de un corto diálogo la hermosa aparición extendió muellemente el brazo hacia el niño, y le habló en su lengua materna.

—Juan—dijo con voz melodiosa,—se acepta tu sacrificio. Entre un comendador de Malta y un pobre niño de coro, no hay tanta diferencia para el que puede leer en el rostro del niño su destino y su fortuna. El guerrero de Malta fué orgulloso y torpe; el niño sencillo será más feliz y prudente. Te damos cinco años para que encuentres un alma de buena voluntad como la tuya. El plazo terminará antes de que cumplas los veinte años; no seas necio como Quiquerán, y déjate de vanos escrúpulos; vale la pena de que lo procures, ya que la Naturaleza te otorga ese don. ¿Estás pronto á sellar con tu sangre el trato que te proponemos?

—Estoy pronto—repuso Juan.—Bastan cinco años; al cabo de ese tiempo me presentaré á vosotros si no he hallado otra persona que quiera ofrecerse en mi lugar.

—Haz que firme ese muchacho, Potamogeiton—dijo la aparición.

El viejo, provisto de un estilete, tomó la mano izquierda de Juan, y levantándole la manga hasta el codo, perforó una de sus venas, humedeció en ella el estilete, que quedó impregnado con su sangre, y después le presentó un trozo de pergamino donde había estampado antes ciertos signos cabalísticos, Juan, sin vacilar, estampó su firma en el sitio que le indicaba Potamogeiton. Las silvestres viñas, las lianas, las culebras de mar y demás criaturas acuáticas volvieron á agitarse en convulsivo estremecimiento, y la bella Hydora empezó á recitar rítmica y lentamente:

—Cambiará de nombre—decía,—El pobre niño abandonado no se llamará ya Juan Hallado..., sino Juan Feliz..., y ese apodo vale mucho más... Ese hermoso

niño hará lo que quiera...; persuadirá al joven..., encontrará si quiere buscar; pero que desconfíe de su corazón... Es demasiado bueno, ¡pobre Juan!... Sé malo; sé duro y cruel...; no seas compasivo, Juan, y hallarás, hallarás, hallarás... ¡Adiós, Juan!

Mientras la hermosa Hydora salmodiaba tales frases entrecortadas, los anfibios uno á uno se sepultaban en el agua, y después la aparición, tendiéndose dulcemente, desapareció en un hervor de espuma: sólo quedaron las plantas acuáticas con su natural inmovilidad, y el bote, balanceándose en la superficie del agua,

Entonces el turco, sin cuidarse de Juan ni de la emoción que le dominaba, tomó de nuevo el timón, y la pequeña embarcación bogó con rapidez hacia el Ródano, dejando tras sí una larga estela sobre las aguas del pantano.

Cuando el bote salió de la ensenada de la Camarga para entrar en el río, el mistral levantaba olas enormes; pero la frágil barquilla avanzaba con prodigiosa rapidez, á pesar del viento contrario. A la entrada del puerto se veía un grueso tronco de árbol. Sea por malicia ó por descuido, el tronco se dirigió á él, Juan gritó al capitán que se dirigiera á derecha ó á izquierda; pero era demasiado tarde. La ligera embarcación chocó en el árbol como una flecha, y se abrió en mil pedazos. El niño quiso ganar la orilla á nado; pero, sin duda, la invisible mano que antes impulsara el bote le retenía en el agua haciéndole llegar al fondo, porque, á pesar de hacer muchos esfuerzos, como hábil nadador que era, no pudo subir á la superficie. La respiración le faltaba; se ahogaba ya. En su pena, lanzó un profundo sollozo y extendió los brazos por cima de la cabeza...

—¡Despierta, hijo mío!—dijo el prior de los franciscanos.—Es mejor velar que dormir tenieado pesadillas tan malas.

—¿Dónde estoy?—preguntó Juan.

—En tu lecho, con un acceso de fiebre. Un hermano lego ha pasado á tu lado toda la noche; no has hecho otra cosa que gemir y agitarte, y esta mañana te quedaste tan inmóvil y postrado, que, según el lego, parecías una estatua de cera. Viendo el espanto de tu guardián, he venido, hallándote en un penoso delirio, y por eso te desperté. Parece que estás mejor, y creo que tu indisposición terminará pronto.

—Pero ¿no he estado en el Ródano navegando en el bote del bergantín turco?

—Me parece que no; á menos que no hayas saltado del lecho esta mañana para correr por los campos dejando aquí un maniquí con tu propia imagen, como decía el candoroso lego.

—No creo eso cosa muy fácil, padre mío.

—Deja esas locuras, y sal de tu pesadilla, querido niño.

—Sí, padre: de otro modo, no podríamos entendernos. ¿Tenéis noticias del señor comendador?

—Antonio Quiquerán se muere—dijo el prior;—así que bien puede decirse que no existe ya.

Juan saltó del lecho, vistióse con precipitación, y salió del convento sin escuchar al padre prior. Fue derecho á la catedral, entró en la sacristía, y dijo al cura que se hallaba allí:

—Señor, en nombre del comendador Antonio Quiquerán, señor de Beaujeu, vengo á buscaros á toda prisa para que vayáis á administrarle los últimos sacramentos.

—El comendador me llama demasiado tarde—dijo

el cura.—Se asegura que muere sin haberse preocupado de su alma ni de poner en orden su conciencia: ningún sacerdote le ha asistido en su enfermedad.

—No os sorprendáis. El señor de Beaujeu ha empleado estos días haciendo buenas obras: deja una parte de sus bienes al convento de franciscanos, otra á los pobres, otra á los marinos necesitados, y hoy es cuando ha pensado en sí mismo.

—¡Pronto; mi sobrepelliz y mi estola! ¡Vamos, sacristanes; corred todos!

—Señor cura—añadió Juan,—disponed que toquen las campanas, rodeaos de vuestros vicarios y cantores, id en procesión con cirios encendidos, que no os pesará: entretanto yo corro á anunciar al señor comendador que le lleváis el santo Viático.

Juan llegó al castillo de Beaujeu, cuyas puertas estaban abiertas como si fuera un sitio público. En dos grandes mesas comían todos los pobres de la ciudad, y los criados distribuían entre los más andrajosos la ropa de su amo. Al ver el ruido que reinaba en la casa, las grandes hornillas, los comensales y los criados sirviendo á la mesa, hubiera podido creerse que el dueño de aquella mansión acababa de casarse. Aquel ruido, sin embargo, no pasaba de la planta baja: arriba, caballeros de Malta, marinos, oficiales y vecinos del pueblo hablaban á media voz en los salones. Un grupo de ancianos hablaba sobre el moribundo; Juan aguzó el oído.

—¡Qué fin más raro!—decía un hidalgo.—Que el comendador sea novelero hasta en sus últimos instantes, que disponga de sus bienes como mejor le cuadre, tanto mejor; pero que no se preocupe de su alma para nada, ¿no es muy extraño? ¿Dónde está la iglesia? La muerte va á coger desprevenido á ese loco, y

con todos sus repartos, sus codicilos y sus discursos sobre la moralidad militar, irá derecho al Infierno por el camino más corto.

—Os equivocáis—dijo al llegar aquí el niño de coro, que pasó adelante.

La puerta del dormitorio estaba abierta, y sobre un lecho de respeto, el comendador, vestido de uniforme, con las insignias de todas las Ordenes que poseía rodeando su cuello, y la espada pendiente de la cintura, hablada con todas las personas que se acercaban á él, cualquiera que fuese su condición. En aquel momento, hablando con el gobernador de la ciudad y el virrey, les decía:

—Señores, mientras estuve bajo la bandera cumplí siempre mis deberes de buen soldado sin ahorrar sangre ni fatiga. Hace treinta años que salí de la prisión, y desde entonces no he cometido una acción mala: habrá desgraciados que me bendigan después de mi muerte, y dejo tras mí el recuerdo de una vida honrada; no me juzguéis, por vanas apariencias. ¡Ojalá que todos tuvieseis ideas tan prudentes como las mías!

El comendador vió en aquel momento á Juan, que se acercaba abriéndose paso.

—Acércate, hijo mío—le dijo.—Te dejo en mi testamento cinco mil escudos de renta. Haz de ellos el mejor uso posible; vive honradamente, y recibe mi bendición. Me voy: ¡adiós!

—No os vais todavía, señor—repuso Juan;—aún no ha sonado la hora. Tenéis que confesar, recibir la Exremaunción y morir como cristiano.

El viejo lanzó un suspiro quejumbroso.

—Señor comendador—prosiguió Juan,—elevad vuestros pensamientos á Dios: ¿no sentís que la Gracia penetra en vuestra alma?

—Sí—dijo el moribundo:—no sé lo que experimento; pero no puede ser la Gracia...

—Sí, señor; no lo dudéis. Oid las campanas de la catedral, que doblan por vos; oid los cantos del clero en el patio del castillo: el santo Viático ha entrado ya en esta casa. Reconciliaos, señor; confesad vuestros pecados, y comulgad antes de morir.

—¡Confesar mis pecados! ¡Comulgar! ¿Sabes quién soy?—exclamó el viejo.

—Lo sé, señor.

En aquel momento los sacerdotes subían por la escalera con los cirios encendidos; el cura de la catedral, rodeado de sus vicarios y llevando el santo Sacramento bajo palio, llegaba también, y la procesión se detuvo en el salón que precedía al dormitorio. El señor de Beaujeu, incorporándose y sosteniéndose en un codo y con los ojos fuera de sus órbitas, hizo señas á Juan para que se aproximara, y le dijo al oído:

—¡Mi alma!

—¡Está rescatada!—repuso el niño.

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del anciano, que se dejó caer en el lecho murmurando:

—¡Dios mío! ¡Yo no lo había solicitado! ¡Tened compasión de él! ¡Gracias, Juan! ¡Que seas tan feliz como bueno eres!

Y después, con tono imperativo, el comendador añadió, dirigiéndose á los presentes:

—Señores, podéis retiraros: tengo que cumplir mis deberes de cristiano.

Todos los extraños se retiraron, los cirios se extinguieron en torno de la habitación, el cura depositó el Viático sobre una mesa, y se aproximó al moribundo para oír su confesión, mientras los demás entonaban el *De Profundis*; después se cerraron las puertas.